

EL NACIMIENTO DE LAS CIUDADES

El presente artículo muestra los orígenes de la «ciudad», desde la formación de la familia y grupos consanguíneos que crearon asentamientos para su supervivencia y la satisfacción de sus necesidades básicas, hasta la formación de aldeas y agrupamientos de viviendas alrededor de templos y complejos arquitectónicos construidos en el Cercano Oriente a finales del Neolítico.

La raíz etimológica de la palabra «ciudad» la encontramos en el italiano *città*, que a su vez proviene del latín *civitas*, que se refiere a la organización humana y a los asentamientos físicos determinados por una convivencia basada en la identidad cultural y de intereses comunes, regulados por normas autónomas y heterónomas, lo cual nos remite a los orígenes de la organización social y productiva de las agrupaciones humanas en el devenir histórico, considerado como el aspecto «material» del complejo cultural humano que, sin lugar a dudas, implica una particular significación «no material» desarrollada en la trama urbana (Waisman, 1990).

La familia, como núcleo social, es el punto de partida de las concentraciones humanas primitivas que satisfacían la necesidad de su sentido gregario, de protección y de cooperación para la supervivencia de la especie ante un ambiente hostil y cambiante que rodeaba al hombre en aquellas épocas antiguas.

En el millón y medio de años que le tomó al ser humano lograr un lenguaje escrito, encontramos formas de organización social en comunidades primitivas, ya sea por libre asociación de individuos o por parentesco, pero siempre apareciendo como el elemento básico: la familia.

Grupos aislados de individuos, con carácter transitorio, formaron lo que se denomina



Foto: Natalia González / Lucas

José Luis Romero Rincón*

■

«hordas» con predominio de machos dominantes que en ningún momento dio lugar a posteriores asentamientos humanos. Cazadores aguerridos y violentos que impregnaron diversas zonas del mundo antiguo en diferentes épocas, de una significación funeraria; único arquetipo simbólico que trasciende en la vida efímera de estos cazadores-recolectores.

Protección

Tal es el caso de los *kurganos* que, en el III milenio a.C., hicieron su aparición en casi toda Europa desde el Alto Volga, donde aún se tuvo noticia de ellos en los montes Altai de la Baja Siberia hasta el siglo V a.C. (Langer, 1980).

La familia

Con la llamada «revolución agrícola» del Neolítico, los asentamientos humanos se multiplican en aldeas (del árabe *dáia*, «campo»). La mujer adquirió importancia en las aldeas primitivas y la sedentarización obligó a una incipiente división del trabajo (Engels, 1884), en la cual el centro del núcleo familiar fue ocupado por la «madre». La tierra generosa proveyó de alimento a sus hijos a través del grano que unido al cocimiento del fuego dio lugar al *hogar* (del latín *focaris*, «lugar de reunión, de hábitat, donde se enciende la lumbre») que requería de protección. Se albergó en un pequeño refugio que evolucionó de simples tiendas elaboradas con cuero y chozas de material liviano hasta verdaderas casas de forma oval-vertical, en el VI milenio a.C., que recuerdan el origen materno de especies ovíparas y mamíferas. De igual forma se construyeron casas rectangulares a dos aguas o cuadradas con claraboyas a lo alto del muro y entradas al techo, para conformar ciudades-fortaleza como Catal Höyük (VII milenio a.C.) con ausencia de calles y vanos en todas las casas que circundaban la ciudad, lo que la hacía inexpugnable. Las pequeñas casas estaban perfectamente acondicionadas en su interior para resistir cualquier ataque y soportar el asedio de tribus nómadas con

el tiempo necesario para su desistimiento. Contaban con suficientes bastimentos y con la ayuda de sus antepasados, cuyos restos yacían debajo de la plataforma que servía de dormitorio al jefe de familia. La ciudad, en forma de panal, obligaba voluntariamente a todos sus habitantes a que cooperaran para que, al menor intento de ataque, guardaran las escaleras de acceso y se atrincheraran en el interior de las viviendas.

La imprescindible necesidad de protección física y resguardo de alimento ante los cambios bruscos y climáticos del planeta, así como la agresividad creciente de grupos humanos en continuo movimiento, orillaron a las nuevas comunidades humanas —con características matrilineales en sentido clánico (del gaélico *clann*, «linaje»), con bienes comunales, lenguaje común, con cierta estructura política y cultural homogénea— a que se establecieran en asentamientos humanos de una urbanización incipiente: calles (irregulares, pero que comunicaban las viviendas), alcantarillado rudimentario y viviendas más elaboradas y grandes.

Así surgió Skara Brae, pueblo neolítico europeo del III milenio a.C., cuya trama se imitó hasta el siguiente milenio en las costas del Mediterráneo y al interior del continente y que consistía en el aglutinamiento de viviendas al interior cercadas por una muralla al exterior, con una especie de pequeña acrópolis en la cabecera de la ciudad.

El linaje, emanado del núcleo familiar, conllevó la asociación por *fratrías*, enlazadas en estructuras *tribales* (en el sentido antropológico-estructuralista de

La familia,
como núcleo social,
es el punto de partida
de las concentraciones
humanas primitivas

* Académico del
Departamento
de Arte y Diseño, UIA León.
joseluis.romeronincon@leon.uia.mx

Alrededor de estas comunidades-templo se erigieron ciudades-santas

Lévi-Strauss, 1958), fundiendo tanto la línea materna como la paterna para crear grupos bajo una significación mágico-religiosa: las *comunidades-templo*. Alrededor de estas comunidades-templo se erigieron ciudades-santas, cuya trama integra el microcosmos del hábitat humano con el macrocosmos sideral (divino). Nippur, en Mesopotamia, es un ejemplo.

En un plano de la época grabado en tablilla de arcilla se puede apreciar la incorporación a la trama urbana de las antiguas ciudades del IV milenio a.C., de un gran jardín que en la ciudad mencio-

nada, comprende un canal central para su irrigación y, además, un conjunto arquitectónico religioso dedicado a la divinidad

protectora de Nippur: Enlil, asimilado al Marduk y Dommuz de Babilonia.

Fue tan importante la presencia del «gran jardín» en la ciudad de la antigüedad para los individuos de la época que logró trascender en el inconsciente colectivo religioso de nuestros días. La mención del «jardín del Edén» y el «castigo del destierro» de Adán y Eva por el autor del primer libro bíblico lo atestigua (Génesis, 2).

La ciudad de la antigüedad transmitió elementos psicológicos muy definidos sobre los seres humanos para, inclusive, temer su separación del lugar como si fuera la misma muerte. Los griegos en el siglo VI a.C. delimitaron con más exactitud este castigo del «destierro de la ciudad» al instituir el *ostracismo* (de *ostrakón*, «concha del molusco comestible que se entregaba en silencio a la persona condenada con este castigo para que saliera de la ciudad y nunca regresara a ella, bajo pena de muerte»).

Las ciudades en el IV milenio a.C. son concebidas bajo una traza urbana definida. De esta época es Mohenjo-Daro, en la India, que sigue un plano ortogonal con calles anchas cortadas en ángulo recto, con un sistema de evacuación de aguas residuales y casas amplias. Este trazo nos va mostrando la fusión de la significación político-administrativa con la religiosa para dar lugar a las *ciudades-estado*.

La sedentarización había logrado el agrupamiento de pueblos más allá de la consanguinidad y de pueblos aldeano-campesinos, se habían convertido en imponentes organizaciones sociales cuya cabeza piramidal social la ocuparon los reyes-sacerdotes, seguidos muy de cerca por los soldados y escribas. Trilogía que se combinaría para determinar los estamentos en el Antiguo Oriente.

Cabe resaltar la figura que dio movimiento social, económico y político en las grandes urbes antiguas: el mercader, quien se convirtió en el *factótum* (ente colectivo o individuo protagónico que, con sus hechos o acciones, cambia el rumbo de la Historia) de las potamocracias continentales y promovió las talasocracias del ecúmeno Mediterráneo. La justificación de su presencia, en todos los ámbitos del quehacer humano, produjo la democracia *hoplita* como aparato represivo estatal (Althusser, 1965) de las oligarquías aristocráticas mediterráneas de la segunda parte del I milenio a.C., que inició la *polis* griega, imitando el asentamiento urbano micénico: apilación de casas alrededor de una colina reservada a los gobernantes (*acrópolis*).

Gracias al movimiento de mercancías a través de las grandes rutas comerciales —la ruta de la sal, del ámbar, de la seda, etc— y a las continuas migraciones de pueblos del norte,

las ciudades adquirieron significaciones y funcionalidades distintas o fusionadas a sus orígenes de fundación.

En la segunda mitad del III milenio a.C. irrumpieron en la región del Sumer, en Mesopotamia, pueblos indoeuropeos llamados «akkádicos». Estos impusieron una nueva forma de ubicar las ciudades entre sí, proyectando el cuadrilátero central de la «ciudad-eje» y orientándolas conforme al movimiento de traslación terrestre alrededor del Sol.

Este diseño multiurbano es lo que Astete (2005) denominó como «cuadrante akkádico». La base de la traza se originó en el conocido tablero de ajedrez (que en la antigüedad se utilizó como un instrumento de cálculo astronómico), cuyo cuadrilátero, en proporción de ocho cuadros por lado, se mantenía en la parte central de la «ciudad-eje» y se proyectaba a tres ciudades bordeadas, a su vez, por dos murallas paralelas que se prolongaban: la primera, en una longitud de 490 estadios (94 km aproximadamente) de longitud perimetral y la segunda en una longitud de 360 estadios (aproximadamente 69 km) de perímetro. El espacio que entre ambas murallas permitía ritualizar el movimiento de la Tierra alrededor del Sol.

La Tierra dura, en cálculos actuales, 365 días aproximadamente en dar la vuelta alrededor del Sol; pues bien, los 360 estadios, más 1/2 por lado de la muralla interna se recorría con el símbolo arquetípico universal del «carro», que representa a la Tierra, y el símbolo antiguo de la Luna, el «caballo».

Al noreste del antiguo país de Akkad estaba ubicado el «cuadrante akkádico», lo que hacía que las ciudades que lo conformaban estuvieran orientadas a la configuración

astronómica de Saturno (entre los griegos *kronos*, «el tiempo»). El recinto del «cuadrante» se integraba por la «ciudad-eje» de *Babel* o *Babilía* (del semítico *bab*, «la puerta» e *ili*, «del dios») que es la actual ciudad de Hilla en Iraq. Al noreste se ubicó la ciudad de Cutha (ciudad del dios de la destrucción); al suroeste Birs-Nimrud (del árabe *birs*, «aldea, lugar»: «lugar de la torre de Nimrud») y Bors-ippa (*ippa* del griego *hippos*, «caballo». Sufijo traído de la región de Caldea, de donde es originario el caballo). Estas dos últimas ciudades se encontraban dentro de las dos murallas: la externa, denominada Junpur-Bell y la interna, llamada Nivitti-Bell (morada del dios Bell).

La primera ciudad, Birs-Nimrud, se localizaba en la esquina inferior izquierda del «cuadrante». En el tablero de ajedrez corresponde a la posición de la pieza llamada «torre». La segunda ciudad, Bors-ippa, se ubicó enseguida, a la derecha de la ciudad anterior. Esto indica que corresponde a la pieza del «caballo», en el tablero de ajedrez. Pues bien, de la primera ciudad partían anualmente procesiones religiosas de carros arrastrados por caballos con imágenes de divinidades del Sol y la Luna que completaban el «cuadrante akkádico». Los carros se elaboraban y ornamentaban en Birs-Nimrud; los caballos se criaban y preparaban en Bors-ippa. Bajo una hemenéutica analógica, que este espacio no permite desarrollar plenamente, el «carro» coincide con el planeta Tierra, los caballos con la Luna y la «ciudad-eje» de Hilla con el Sol.

En el tablero de ajedrez la pieza del «caballo» calcula el movimiento de traslación terrestre al jugarlo a lo largo de todo el perímetro del mismo tablero.

Lo anterior permite deducir lo complejo e interesante de las orientaciones de las



ciudades antiguas. Su fundación obedecía a observaciones astronómicas y de la naturaleza misma de nuestra planeta, que las antiguas civilizaciones plasmaron en símbolos universales arquetípicos que en nuestras ciudades actuales podemos descubrir mediante un cuidadoso y exhaustivo proceso de investigación heurística y hermenéutica, es decir, saber leer el discurso de las ciudades contemporáneas.

A pesar de toda esta complejidad, no deja de ser principio básico para el diseño urbano de la antigüedad, la dualidad en la naturaleza: masculino-femenino, vida-muerte.

Hay más todavía por escribir sobre las ciudades: su significación, su funcionalidad, traza, trama, etc. Tal es el caso de las llamadas «ciudades-asilo», ciudades hebreas fundadas especialmente para albergar a homicidas involuntarios y evitar así la aplicación de la «ley del Talión»: «ojo por ojo y diente por diente» (Josué, 20). Ciudades con viviendas y predios que las circundaban para la manutención de sus habitantes.

Por otro lado, tenemos la «personificación» de las ciudades bajo la univocidad de la identidad de sus moradores, lo que hace escribir dramáticas historias sobre las destrucciones y deportaciones de sus habitantes cuya culminación y consumación hacen expresar a Jesús: «¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa» (Mateo 23, 37-38).

En el año 71 de nuestra era, Tito, posterior emperador romano, destruyó la ciudad dejando sólo en pie un muro: el muro de las lamentaciones judío.

Así, observamos a los largo de este artículo como la unión de la disciplina histórica que con la arquitectura realiza la hermenéutica, permite leer en el discurso del diseño urbano —mediante la decodificación de formas y los conjuntos simbólicos— que el inconsciente colectivo de la antigüedad fue heredado a nuestras sociedades contemporáneas. ■

REFERENCIAS

Althusser, Luis (1965) *La revolución teórica de Marx*. México: Anthropos.

Astete, Pedro (2005) *Los signos*. México: Berbera.

Biblia de Jerusalén (1975) Bilbao: Descleé de Brouwer.

Gran Espasa Ilustrado (1999) *Diccionario Enciclopédico*. España: Espasa-Calpe.

Langer, William L. (comp.) (1980) *Enciclopedia de Historia Universal. Tomo I: Desde la prehistoria*

hasta la Segunda Guerra Mundial. Madrid: Alianza.

Lévi-Strauss, Claude (1958) *Antropología estructural*. México: FCE.

VVAA (1982) *Ciudades desaparecidas*. México: Readers Digest.

Waisman, Marina (1990) *El interior de la historia. Historiografía arquitectónica para uso de latinoamericanos*. Bogotá: Escala.